

Barricadas en la noche del 10 de mayo de 1968 en el Barrio Latino de París, cerca de La Sorbona.



# 50 Aniversario del 68

El “prohibido prohibir” y “la imaginación al poder” ya peinan canas. Hace medio siglo que gentes de medio mundo, sobre todo jóvenes, se propusieron cambiar la sociedad en la que vivían y salieron a las calles, a las plazas; se encerraron en edificios históricos y universidades; corrieron, pelearon, lloraron... Y en muchos casos pagaron su ímpetu con su libertad y hasta con su vida. ¿Sería hoy igual el mundo sin ‘Mayo del 68’?.

**MELCHOR DEL VALLE**

✉ [mechiva@gmail.com](mailto:mechiva@gmail.com)

🐦 @mechiva

**V**ALGA COMO declaración de intenciones: el propósito de estas líneas no es recordar al lector, o contarle, la historia de lo que sucedió durante varios meses de 1968, antes y después de mayo, en todo el orbe, porque la oportunidad hoy de conocer hechos e interpretaciones de lo acontecido surge por doquier. Tanto quienes vivieron los distintos episodios, setentones como mínimo, como quienes han investigado esos tiempos desde el punto de vista histórico o sociopolítico, comparten actualmente en medios convencionales, bitácoras personales y publicaciones de todo tipo sus testimonios y opiniones.

Quizá, solo, dos apuntes: uno, que París fue el abanderado del movimiento posiblemente por razones ajenas al propio movimiento, pero que, además de Francia, Alemania, la extinta Checoslovaquia, Estados Unidos, Reino Unido, Polonia, Italia, México, Japón... tuvieron sus mayos

y todo el calendario del 67, 68, 69...; y dos, que esa imagen un tanto nebulosa de universitarios soñadores defendiendo sus principios en el Barrio Latino parisino, en los jardines del Capitolio en Washington, en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco en México o en las calles de Praga o Berlín, está un tanto distorsionada, porque no solo los jóvenes se lanzaron a las calles exigiendo cambios sociales e, incluso, económicos.

**El caldo de cultivo.** Los primeros nubarrones de la tormenta reivindicativa se empezaron a formar pasados algo más de veinte años del final de la Segunda Guerra. Para muchos analistas, cuando los pueblos empiezan a ver la luz tras las tinieblas de bombardeos y muerte, mucha muerte, lo más normal es que miren si ha llegado la fecha de caducidad a la sumisión del ‘tranquilos hasta que lo superemos’. En otras palabras: el autoritarismo imperante en el mundo tras el conflicto se venía aceptando mientras permanecía viva la memoria del horror. Eso estaba cambiando, sin duda. Claro que hay quien piensa que fue la amenaza nuclear patrocinada por los dos bloques de la guerra fría la que caldeó los ánimos. Hay también opiniones que ven el origen de casi todo en las disensiones internas de la izquierda europea. Y las razones sociológicas, desde el *baby boom* hasta los efectos del *rock and roll* y la minifalda en la juventud, forman parte igualmente de la mayoría de los análisis.

Puede que, según los lugares, pesasen unas razones más que otras. Pero el autoritarismo sí era real y de todos los colores políticos, cabe añadir. Hablamos de Estados en los que se mantenían regímenes de ambos extremos del espectro ideológico; en los que se perseguían y condenaban las ideas políticas contrarias a los sistemas establecidos; con gobiernos muy frecuentemente supeditados al poder militar y policial propio o de potencias vecinas; en los que lo de ‘ciudadanos de segunda’ no era solo una fra-

se hecha... En un ambiente general en el que ejercer un derecho humano, como lo conocemos hoy, era una suerte de magnánima concesión del poderoso de turno, en definitiva, lo lógico es que las calles oliesen a protesta.

Las afirmaciones del párrafo anterior son generalizaciones no exactamente extrapolables a todos los Estados y a las distintas razones por las que las movilizaciones se produjeron. No es lo mismo su interpretación en unos países que en otros, en los regímenes democráticos que en los dictatoriales, por establecer una diferencia. Pero en todos subyacía esa misma idea de enfrentarse al autoritarismo y, por otro lado, de oponerse a lo que pudiéramos llamar las burguesías dominantes, siendo esta afirmación también de complicada generalización.

**El país que tenemos, el país que queremos.** Los jóvenes en general, y los estudiantes en particular, fueron, en la mayoría de las “batallas”, la punta de lanza de las movilizaciones. Pero, sobre todo en la vieja Europa, las clases obreras, los sindicatos o los grupos políticos opositores se unieron con ganas a los levantamientos, cuando no estuvieron directamente implicados en su génesis. Y en muchos casos, su experiencia en la “guerra de guerrilla” urbana fue crucial para poner en jaque a las fuerzas de seguridad y conseguir que los medios de comunicación se hiciesen eco, propagando, de alguna manera, la idea de lucha social, de adoquines contra armas, de gritos silenciados con balas, de “haz el amor y no la guerra”.

Para muchos analistas, el fotoperiodismo, sobre todo, fue el gran aliado del 68 y más concretamente en París. En blanco y negro, sí; pero, ¿quién no se queda embobado con el gesto descontrolado de la modelo inglesa de buena familia a hombros de un joven estudiante, rodeados de manifestantes que, como ellos, gritaban consignas a las puertas de La Sorbona? Es un ejemplo; uno de tantos, más o menos dramáticos, que recorrieron el planeta y que incentivaron esa especie de comunión reivindicativa internacional de la que estamos hablando. Al fin y al cabo, eran los años en los que McLuhan definió la Aldea Global.

Dejando a un lado las situaciones en las que, como el caso de la Primavera de Praga, el trasfondo sobre el papel era una diferencia en la manera de entender el socialismo: ¿cabe decir que estudiantes y obreros reclamaban lo mismo? La respuesta no es concreta: puede ser no, porque unos exigían derechos sociales y los otros laborales y salariales, participar más del pastel de la mejora económica; pero puede ser sí, porque coincide con el momento en que los miembros jóvenes de las clases obreras estaban accediendo a una universidad, predio, hasta entonces, de las clases acomodadas; así que el grito estudiantil dominante estaba, de alguna manera, reivindicando a sus padres a la vez que exigía un mundo más amigable en el que desarrollarse como seres humanos.

**La gran pregunta.** ¿Sería hoy igual el mundo sin ‘Mayo del 68’? La opinión dominante es que no, aunque pensemos

## El mundo de los 60

**L**A guerra de Vietnam, los derechos de las minorías, las reformas universitarias, la igualdad de la mujer, las reivindicaciones laborales, salariales y políticas... Son ingredientes que, en mayor o menor medida, se mezclaron con retazos de distintas contraculturas e hicieron eclosión en todo el mundo entre 1964 y 1970, con el 68 como año cumbre. De todos los acontecimientos, hay cuatro que alcanzaron una mayor importancia internacional.

**EE. UU.** Principalmente, protestas contra la guerra de Vietnam y reivindicación de los derechos de las minorías afroamericanas.

**Francia.** Partiendo de movilizaciones contra la guerra de Vietnam, pronto afloró el desencanto de los estudiantes por el verticilismo universitario y el poco claro futuro que se les presentaba. La clase obrera se unió a los estudiantes.

**Checoslovaquia (extinta).** Un intento de cambio político es reprimido por tropas del Pacto de Varsovia en la llamada “Primavera de Praga”.

**México.** Poco antes de empezar los Juegos Olímpicos, y aprovechando la visibilidad que daban, los estudiantes se movilaron contra las condiciones socioeconómicas. El ejército disparó contra los 50.000 jóvenes concentrados en la Plaza de Tlatelolco. Hubo varias decenas de muertos.



**Además de Francia tuvieron sus *mayos* Alemania, la extinta Checoslovaquia, Estados Unidos, Reino Unido, Polonia, Italia, México, Japón...**

que los avances sociales que entonces se reivindicaron habrían llegado por la propia evolución socioeconómica de eso que hemos dado en llamar ‘el primer mundo’.

Para constatar esa falta de concreción que nos hurta una respuesta positiva o negativa, pero simple, podemos poner como ejemplo la opinión de dos sociólogos, ambos franceses, de izquierdas y que vivieron muy de cerca los acontecimientos de París, incluso con implicación directa: Edgar Morin y Alain Touraine. Para el primero, la cosa fue algo más profunda que una simple protesta, pero no se puede considerar una revolución; para el segundo, fue el cimiento de grandes logros sociales como la liberación de la mujer, el mayor protagonismo de la sociedad civil o la consolidación de los derechos de los trabajadores.

La reflexión, quizás, es que cuando un conjunto de hechos tiene diferentes interpretaciones, tanto en cuanto a su origen como a sus consecuencias, pero que es una referencia para todo el mundo, que parece haber marcado un hito en la línea de la historia, solo cabe pensar que fue importante para muchos. Y eso no se lo quita nadie al ‘Mayo del 68’. ●



**GABRIEL ALBIAC,**  
filósofo y escritor

## 68 / 89: de la barricada al muro

**L**AS GENTES DEL 68 tuvimos una fortuna extraordinaria: la de haber aprendido muy pronto que el “progreso histórico” no era más que el instrumento de una religión de las finalidades humanas que enmascaraba apenas, bajo el nombre de revolución, la asfixiante pesadez de una religión mundanizada. La experiencia del siglo XX —en particular, la experiencia que sigue a la revolución rusa de 1917— había consagrado una creencia en la salvación política de los hombres, en función de cuyo absoluto la producción de muerte a escala industrial fue justificada. Eso acabó en aquel mayo.

Por determinación de nuestra edad, los del 68 fuimos anti-soviéticos bastante antes de decirnos anticapitalistas y de soñarnos —con sustantivo solemne y ambiguo— revolucionarios. La URSS no era para nosotros más que un capitalismo de Estado particularmente devastador.

**«El 68 es lo que no sucedió. O lo que no fue consumado, al menos. Se abrió, así, el largo desierto del fin de siglo»**

A diferencia de las generaciones revolucionarias que nos precedieron en el siglo XX, nosotros no fuimos nunca creyentes. Y, en la destrucción de la tiranía soviética, vimos siempre la condición previa de una liberación que mereciera tal nombre.

Ahora, cuando para escribir mi *Mayo del 68. Fin de fiesta*, he tenido que volver sobre aquel instante crítico de hace medio siglo, la sombra del Chateaubriand que narra el año 1789 me ha rondado. Me he resistido a su tentación épica. Porque ninguno de nosotros podrá jamás decir como él que este 68 nuestro nos hubiera hecho ver cómo “terminaba y comenzaba un mundo”. Hubo, para el autor de las *Memorias de ultratumba*, la revolución. Para nosotros, sus vísperas. Solo vísperas. El 68 es lo que no sucedió. O lo que no fue consumado, al menos. Se abrió, así, el largo desierto del fin de siglo. Cincuenta años más tarde, sé algo que vagamente sospechaba entonces: que el 68 fue un cierre. En modo alguno un inicio. Un barrido monumental del pasado y una maravillosa ausencia de futuro. Tal vez en eso se fije la constitución de un hombre libre: sin pasado, sin futuro, presente solo.

El 68 puso sobre las tablas la última gran representación de las mitologías obreristas: esas cuyos códigos fueron fijados por 1848 y 1871. Todos los elementos que acotaban el significativo “revolución” fueron desplegados. Como en un laboratorio. Y se estrellaron contra un muro no previsto: el de un poder difuso, ilocalizable, que burlaba toda estrategia de “conquista”. El poder no es nada que pueda ser tomado: fue la primera conclusión con-

ceptual del 68. Entonces se abrió el vacío. Fue un fogonazo, una iluminación: la política como lugar de salvación había muerto. Felizmente. Irreversiblemente.

Nada teníamos que construir, todo que romper. Nada que evocar, todo que olvidar. Marguerite Duras fija ese imaginario en las tres palabras irrevocables que daban título a su novela del año siguiente: *Détruire, dit-elle...* Ningún patrimonio del siglo merecía ser conservado. Tampoco lo merecíamos nosotros, que habíamos sido su última herencia, puede que la más pesada: sujetos sin historia, no-sujetos sin fin.

Hasta aquella primavera del 68, la revolución podía aún presentarse como culminación ineluctable de una teología política: acceso a aquel “reino de la libertad” que, más que a Marx, remitía a la encarnación de la Razón hegeliana en la Historia. La culminación de ese hegelianismo, bajo forma de religión exterminadora, fue el genocidio estaliniano. Que desplegaba una lógica acerada: si el absoluto prometido por el asalto a los cielos se hallaba ya en la punta de los dedos, cualquier precio —material como moral— a pagar por él resultaba insignificante. El progresismo histórico, ese “hegelianismo del pobre”, cuya crítica Althusser consume a finales de los sesenta, lo justifica todo. Todo.

En mayo del 68, una fulguración revolucionaria imprevista hace estallar todos los lugares comunes del progresismo, sobre los cuales se alzaba una tradición política consagrada: la de los partidos que a sí mismos se proclamaban “obreros”. Y, cuando el PCF llama, desde la primera noche de barricadas, a abortar aquel movimiento de indisciplinados “hijos de burgueses”, la evidencia abofetea a los actores de mayo: en su hora postrera, el “Partido” se despojaba de sus máscaras. Para proclamar con desnudez lo hasta entonces camuflado: que no era más que un dispositivo policial para la defensa externa de la URSS. En este descubrimiento, que sigue a la noche del 3 de mayo, se abre una era nueva: la que culminará, 21 años más tarde, en la caída del muro de Berlín. Mayo del 68 es el primer acto del drama que se cierra en noviembre del 89. Abajo el muro. Todos los muros. Fin de fiesta.

No, mayo no fue el inicio de nada. Enterró un tiempo maldito y sin continuidad: el del estalinismo. Nada, después de esa clausura, podría ya retornar al providencialismo de las finalidades históricas. Nada en nuestras vidas iba a volver a ser lo mismo. Aprendimos que no hay progresos ni finalidades, que no hay destino, que no hay siquiera un sujeto al cual se pueda considerar estable y sustantivo, que no hay, desde luego, cielos que asaltar... Que toda emulación mundana de las religiones de salvación está horadada por tentaciones homicidas. Genocidas, en el límite. Y esa fue la sencillísima apuesta que hubimos de hacer luego: nunca más teología, nunca más políticas salvadoras. Había llegado el tiempo de entender. Nada más que eso: el tiempo de la inteligencia sin esperanzas. Y, con ello, el desprecio hacia un mundo de vulgaridad indecible. El 68 me aparece hoy, antes que nada, como una estética. Lo que es lo mismo: como una ética rigurosa. No creer en nada. No ser nadie.

Aquel gran espejo de la Historia que se quiso la Revolución (con mayúsculas ambas, como conviene a los nombres sagrados), “porvenir del mundo” y “fin de los tiempos”, fue fulminado por el 68. Sus esquirlas, como un abrasivo polvo de diamante, se colaron en nuestros ojos. Con ellas, su belleza y sus horrores. Al periodista que, ya al final de su vida, pregunta al viejo Jean-Paul Sartre “¿qué queda del 68?”, el filósofo responde: “Yo”. Y, cada uno de quienes medio siglo después acarreamos la misma carga, sabemos bien que no hay otra respuesta. Quedo “yo”: ese aldoscopio de destellos, allá donde una vez hubo un sujeto.



### CARLOS Mª BRÚ PURÓN,

Notario jubilado. Participó en el IV Congreso del Movimiento Europeo celebrado en 1962

## Siempre nos quedará París

SE PARÍS que rememoraba Rick en inolvidable secuencia filmica, ha sido por cuatro veces ciudad protagonista de movimientos populares extensivos al resto del orbe. Lo fue en 1789, cuando la toma de La Bastilla acabó con el absolutismo regio; lo fue en 1848 cuando abolió la esclavitud colonial francesa; lo fue en 1870 cuando la urbe, convertida en “Comuna”, se identificaba con el paisanaje y apuntaba al socialismo; lo ha sido en el 1968 que hoy conmemoramos

Con la diferencia de que si en los tres primeros casos incidió la violencia, insurreccional y represiva, que toda revolución comporta, en el cuarto no fue así: la por Hobsbawn<sup>1</sup> denominada “erupción estudiantil del 68” usó más de agitación comunicativa que de ataque físico, los adoquines arrancados servirían de barrancadas defensivas y —según el famoso *affiche* ecologista— de ocasión para descubrir aquella “playa bajo el pavimento” que simboliza la vuelta a la naturaleza invocada por los universitarios.

Tampoco cabe —como hace J.P. Fusi<sup>2</sup>— reducir los acontecimientos del 68 a mera “revuelta” ni, mucho menos, tildarlos despectivamente de “fiesta” protagonizada por *fils à papa*, según hizo entonces el dirigente comunista Marchais; cuyo partido, eso sí, poco después y vista la magnitud del suceso, se montó al carro mediante una huelga general que proporcionó indudables ventajas al asalariado.

No se dio, pues, en París 68 revolución alguna, entre otras circunstancias por la feliz ausencia de víctimas mortales y la no revocación de poderes políticos, ostentados por De Gaulle. Fue algo distinto, fue un replanteamiento de conciencia respecto temas clave, tales como igualdad de género, pacifismo y defensa del medio ambiente.

¿En qué circunstancias? Las de un fenómeno hasta entonces inédito, a su vez hijo del proceso europeo occidental de integración, que procuró “años gloriosos” de *welfare state* a Francia y demás países miembros de las entonces Comunidades Europeas. Fenómeno consistente en un aumento exponencial demográfico y económico que, si de una parte dio lugar en los 60s a un *boom* juvenil que, desgraciadamente, va hoy en descenso, de otra proporcionó medios —solvencia familiar, becas, mutua ayuda— para el masivo estudio universitario. Según recuerda Tony Judt<sup>3</sup>, la juventud francesa alcanzaba la cifra de ocho millones, pero un alto porcentaje de la misma, más de seiscientos mil chicos y chicas, eran *bacheliers*, a la puerta o dentro del *campus*, alojamiento incluido.

(Eso sí, discriminados por sexo y prohibición de visitas íntimas: una de las causas de indignación juvenil. Otra, más de fondo, radicó en el tipo de enseñanza vigente, “adocenada” e impartida por “arrogantes e inaccesibles catedráticos”<sup>4</sup> ante un alumnado pasivo.)

1968 fue, como acertadamente ha dicho C. Sánchez en esta revista<sup>5</sup>, una “explosión de desconfianza hacia el sistema”. ¿Pero cual

es su medio de acción? La acción se reduce a acto de presencia masivo y desafiante, un “¡aquí estamos!” por parte de quienes, por su edad, conocimientos, manejo de idiomas y un cierto grado de independencia económica conseguida a menudo mediante apoyo mutuo, se sabían dueños del futuro. Y mientras se acercaban a este, de momento hicieron suyo el *campus* de Nanterre, ocuparon la Sorbona e invadieron el Barrio latino donde la represión policial obligó a la construcción de barricadas que a su vez inspiraron toda una narrativa frente al Estado opresor. Algunos desmanes ocurren, pero la tónica imperante fue un “¡y porque estamos, oídos!” para lo cual proliferó en París 68 la técnica del *affiche*, a veces ególatra y esteticista, pero ya un medio comunicativo irrenunciable.

Sería interminable la relación de mensajes *graffiteados*, pero desde el inconformismo —“prohibido prohibir”—, al pacifismo —“*make love, not war*”—, pasando por el ecologismo —“el bosque precede al hombre, el desierto le sigue”—, o la antidiscriminación —“*Black Power pour drésser les Blancs*”—, hasta la retransa —“somos marxistas tendencia Groucho”, “voluntad general, no del General”—..., ciertamente, si no consiguieron que “la imaginación (arribase) al poder”, sí llevó a la conciencia pública ideas y frases tan alejadas de la tediosa y elusiva exposición tecnocrática de siempre como del simplón, frecuentemente insultante, *twitteo* de hoy.

Decía arriba que pretendieron adueñarse del futuro, no lo lograron ya que, afortunadamente, a nadie le está atribuido en exclusiva, pero sí consiguieron compartirlo a través de inmediatos sucesos conformes con su protesta multidimensional (para algo se inspiraron en Marcuse): emancipación de la mujer (Francia legalizó en los 70s. la píldora anticonceptiva, estableció la autoridad progenitora compartida, igualó remuneraciones); defensa de la naturaleza (meses después nacía el Club de Roma); el reciente proceso descolonizador en Argelia y antigua Indochina, hoy Vietnam, fue asumido por el pueblo francés que incluso encabezó la oposición europea a la ocupación de esta zona por los norteamericanos; apadrinó la primavera de Praga y dio auge al eurocomunismo.

Nos adheriríamos a Edgar Morin<sup>6</sup> cuando afirma “la caída de la URSS fue la revancha de 1789 sobre 1917”, si añadiese “y por influjo del 1968”: compatibilizó libertad con exigencia social. Eso sí, dentro de los cauces viables en una economía competitiva, globalizada y en continuo salto tecnológico: los que ofrece el modelo social europeo. Y hubo entrada en razón; el federalismo europeo prevaleció sobre la endogamia francesa.

De aquí que aún hoy, añejos destellos del movimiento parisino iluminan los ventanales del hemiciclo del Parlamento Europeo, no en vano uno de los escaños está ocupado por el más conocido sesentayochista, Daniel Cohn Bendit, coautor con Guy Verhofstadt de un argumentado y vibrante Manifiesto europeísta que conviene leer<sup>7</sup>.

**«Fue algo distinto, fue un replanteamiento de conciencia respecto a temas clave, tales como igualdad de género, pacifismo y defensa del medio ambiente»**

<sup>1</sup>Hobsbawn, E., *Historia del siglo XX*, Barcelona 1995, pág. 301.

<sup>2</sup>Fusi, J.P., *Breve historia del mundo*, Barcelona 2016, pág. 440.

<sup>3</sup>Judt, T., *Postguerra*, Madrid 2010, pág. 570.

<sup>4</sup>Vide, Judt citado, pág. 574. También, Fontana, J., *Por el bien del Imperio*, J., Barcelona 2011, pág. 379.

<sup>5</sup>Sánchez, C., *Jóvenes: entre el ‘mayo francés’ y la cruda realidad*, en ESCRITURA PÚBLICA marzo-abril 2018.

<sup>6</sup>Morin, E., *Breve historia de la barbarie en Occidente*, Barcelona 2009, pág.55.

<sup>7</sup>Cohn Bendit, D., Verhofstadt, G., *iPor Europa!*, versión española 2012, con prólogo del también gran europeísta Iñigo Méndez de Vigo Montojo.